

## Fragmentos de la metrópoli. Una mirada sociológica a *Los olvidados* de Luis Buñuel

Patricia Gaytán<sup>1</sup>  
Olga Sabido<sup>2</sup>

DAR CUENTA DE *LOS OLVIDADOS* de Luis Buñuel desde un –hasta tiempos muy recientes– *olvidado* de la sociología, como Georg Simmel, constituye una tarea al menos interesante y sugerente. Nuestra pretensión es destacar algunos puntos de reflexión desde la mirada particular que hereda la obra de Simmel a la “memoria sociológica” de esta notable cinta cinematográfica reconocida, por lo demás, como “Memoria del Mundo” por la Unesco. Y aunque múltiples interpretaciones pueden hacerse de esta obra, la nuestra se circunscribe a una en particular: el “refinamiento de la mirada” sociológica de Simmel.

La capacidad de este autor berlinés (nacido en 1858 y muerto en 1918) de dar cuenta de aquellas “pequeñas fuerzas sociales” que anteriormente pasaban inadvertidas, hizo que Mannheim lo bautizara como un sociólogo “impresionista”, precisamente por el trazo fino de sus pinceladas sociológicas y la posi-



<sup>1</sup> Profesora de tiempo parcial del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Correo electrónico: apgs@correo.azc.uam.mx

<sup>2</sup> Profesora invitada del Área de Pensamiento Sociológico del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Correo electrónico: olgasabido@hotmail.com

bilidad de asir la labilidad de lo social en fragmentos contrapuestos. Si la sociología “tradicional” se había limitado al análisis de grandes estructuras, para Simmel existían un número infinito de actividades sociales, “hilos delicados de las relaciones mínimas”, que en sí mismas son sociedad. Para Simmel la sociedad es interacción (acción recíprocamente orientada) y no está dada sino que está dándose, es un *acontecer*. Las formas sociales, las interacciones, surgen en un *fluir* constante del que no emerge necesariamente una organización propiamente dicha; no obstante, en ese momento se actualiza la sociedad, como cuando los seres humanos se miran con desprecio por las calles, se agraden, se ayudan o son indiferentes.

Es justamente ese “refinamiento de la mirada” (Sabido, 2007), el que hace posible que Simmel encuentre a la modernidad no en las ideas acumuladas de los grandes filósofos o en acontecimientos históricos y gestas magnas, sino en aquellos fenómenos de “mínima monta”; estudia la modernidad no como una idea metafísica más allá de las personas, sino como una *experiencia*, misma que se adquiere en la vida cotidiana. La *ciudad* constituye el fenómeno más representativo de dicha experiencia. En ésta se modifican los lazos de socialización, así como también se presentan una serie de acontecimientos típicamente modernos, tales como el acrecentamiento de la vida nerviosa, el carácter intelectualista del urbanita, al mismo tiempo que se genera una actitud de indiferencia y anonimato; pero también podemos decir con él que la ciudad se constituye por muchos fragmentos y para ello resulta necesario aproximarnos a la manera en la que Simmel establece cómo es posible dar cuenta de la sociedad.

## FORMA Y CONTENIDO

Nuestro análisis comienza con la concepción de la sociedad de Simmel:

La sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca. Esta acción recíproca se produce siempre por determinados instintos o para determinados fines. Instintos eróticos, religiosos o simplemente sociales, fines de defensa o de ataque, de juego o de adquisición, de ayuda o de enseñanza, e infinitos otros hacen que el hombre se ponga en convivencia con otros hombres, es decir, que ejerza influencias sobre ellos y a su vez los reciba de ellos (Simmel, 1986a: 15-16).

La sociedad entonces no es para él un grupo de individuos sino el cúmulo de relaciones que se tejen entre ellos. ¿Qué oportunidad mejor de observar las influencias recíprocas, es decir, las interacciones sociales, que una película como la de Buñuel? En ella se ejercen innumerables relaciones entre los niños urbanitas y las personas del ambiente: mendigos discapacitados, padres indiferentes, inmigrantes rurales y obreros urbanos, en un medio que se está convirtiendo en una gran urbe.

De acuerdo con Simmel (1986a) dos conceptos permiten acercarnos al estudio sociológico: forma y contenido, siendo este último el fin o propósito mediante el cual los seres humanos se relacionan entre sí (hambre, amor, trabajo, religiosidad, etc.), mientras que la forma no es sino el tipo de socialización que constituye una unidad dentro de la cual se realizan aquellos intereses (subordinación, competencia, imitación, división del trabajo, partidismo, representación, coexistencia, etc.). Pensemos en dos momentos de la relación entre Pedro y Ojitos: Pedro se percata de la existencia de Ojitos en un momento en el que acaba de fraguar un plan orquestado por el Jaibo para asaltar a don Carmelo, el invidente. La forma que adopta su primera interacción es de confrontación; el contenido es la necesidad de que cese la mirada bajo la cual Pedro se siente expuesto en un momento en que va a realizar una fechoría:

Pedro: “¿Qué me ve?” Ojitos: “¿Yo? Nada”. Pedro: “...nada, póngase chango”.

El segundo encuentro ocurre cuando Pedro huye de su casa con un pedazo de pan que le arrebató en un descuido a su madre. Después de comerlo siente que tiene más hambre que antes. Ve a Ojitos sentado en una fuente y le pregunta si no tiene hambre. Ante la afirmación de Ojitos y después de una breve conversación, Pedro le pregunta si tiene dinero. Ojitos saca unas monedas y Pedro las toma y corre, regresando más tarde con dos panes para Ojitos y dos para él. En este momento, la forma de la interacción es la cooperación mutua, mientras que el contenido es el interés por saciar el hambre de ambos.

Quizá la forma y el contenido más evidentes en nuestro estudio de caso es el perfil social que adopta el grupo, la pandilla. En ella sus miembros son chicos que no sólo juegan al toro en sus ratos libres sino que se convierten en una asociación organizada por el Jaibo, el líder, el experto, quien se va a encargar de que el grupo no carezca más de dinero; éste va a ser el contenido, el propósito de la agrupación. Al

interior del grupo se establece una jerarquía, donde todos deben seguir las instrucciones de aquel que conoce la vida en el reclusorio, la ley y hasta remedios con telarañas para evitar las infecciones. Su superioridad es reconocida por el Cacarizo, el Pelón y Pedro, quienes están dispuestos a obedecerlo y a tratar de ganarse su preferencia. El grupo se confirma como unidad mediante el rito de la fumada del cigarrillo: el que no fuma está fuera y “el trabajo es pa’ los burros”.

## LA CIUDAD

Una cualidad de esta historia de Luis Buñuel y Luis Alcoriza consiste en que sintetiza en sus personajes innumerables rasgos de la caracterización que hace Simmel de la socialización en las grandes urbes. De acuerdo con el autor, el más evidente de estos rasgos consiste en el acrecentamiento de la vida nerviosa que se origina en un abundante y rápido cambio de impresiones que se producen constantemente en la ciudad: “Las impresiones persistentes, la insignificancia de sus diferencias, las regularidades habituales de su transcurso y de sus oposiciones [en la pequeña ciudad y la vida del campo] consumen, por así decirlo, menos conciencia que la rápida aglomeración de imágenes cambiantes [de la gran ciudad]” (Simmel, 1986b: 248).

La ciudad de *Los olvidados* es una ciudad en expansión, llena de inmuebles en construcción y de cinturones de miseria, asentamientos irregulares cerca de los basureros, donde se crían animales y se practican los oficios al estilo artesanal (la cuchillería, la fabricación de ladrillos, etc.). Casas de lámina se observan en contraste con los grandes edificios. El ruido de los automóviles y la apariencia de las calles nos hacen pensar en un constante movimiento: ir y venir. Las luces de los escaparates y los anuncios publicitarios tornan inconfundible el hábitat de la urbe, que se convierte en un conjunto de estímulos que constantemente bombardean los sentidos de los que en ella viven. El tiempo transcurre en las vidas de los actores sociales de forma agitada y caótica. A pesar de la subsistencia de lo tradicional (en el artesano, la cría de animales y la rudimentaria construcción de las casas de lámina), la lógica que se impone en las relaciones es la de la fría racionalidad moderna, de tal forma que: “[el urbanita] reacciona frente a éstas, en lugar de con el sentimiento, en lo esencial con el entendimiento, para el cual el acrecentamiento de la conciencia, al

igual que produjo la misma causa, procura la prerrogativa anímica” (Simmel, 1986b: 248).

Por tratarse de los grandes centros de intercambio económico, las interacciones en la gran urbe se caracterizan por el predominio del interés económico, en el que el dinero se convierte en el fin privilegiado, en el medio de subsistencia que, en palabras de Simmel, reemplaza el antiguo enfrentamiento del hombre con la naturaleza por la sobrevivencia, con una nueva lucha del hombre con el hombre, por el circulante en la ciudad:

[...] Pero economía monetaria y dominio del entendimiento están en la más profunda conexión. Les es común la pura objetividad en el trato con hombres y cosas, en el que se empareja a menudo una justicia formal con una dureza despiadada [...] al igual que el urbanita calcula con sus proveedores y sus clientes, con sus sirvientes, y bastante a menudo con las personas de su círculo social (Simmel, 1986b: 249).

La mejor expresión de esta idea se encuentra en la forma que adopta la mendicidad en la escena de la “venta” de las canciones de don Carmelo, el invidente:

Carmelo: “Pues sí, les voy a cantar la canción, nomás que les va a costar un peso. Yo para comer frijoles tengo que cantar. Suben los frijoles, suben las canciones. Allí cayó una de veinte y dos de a diez, síganle echando”.

Así, las relaciones en la gran urbe son impersonales, calculadas, regidas por un tiempo suprasubjetivo, es decir, “puntuales”,<sup>3</sup> superficiales, transitorias, anónimas, pero sobre todo indiferentes. ¿Cómo es posible que el niño campesino pase todo un día en el mismo lugar, en medio de la calle, esperando a un padre que no va a volver por

<sup>3</sup> ¿No es acaso esta noción suprasubjetiva del tiempo la que nos genera como espectadores una gran angustia en aquella escena en la que sale Pedro de la granja a comprar los cigarros para el director y se encuentra al Jaibo? El enfrentamiento con el Jaibo y la pérdida del billete a manos de éste provocan un retraso cada vez mayor de su regreso, del cual depende honrar la confianza que el director de la granja depositó en él. El final alternativo que filmó Buñuel y que se mantuvo enlatado hasta hace poco nos libera de esta tensión cuando Pedro vence al Jaibo y regresa a tiempo con el billete a la granja para mostrar la honestidad de sus intenciones en la objetividad de su acción. En cambio, el final que eligió el director nos deja atrapados en la trágica muerte de Pedro, a quien le es imposible volver a pesar de todos sus empeños y su voluntad, siendo apresado por una estructura suprasubjetiva, pues se le acaba el tiempo. Sabemos que de este modo el director nunca sabrá la verdad.

él, y que nadie se preocupe de su situación? La gente pasa junto a él, e incluso lo interpela (como es el caso del reclamo que le hace Pedro por observarlo) o le piden ayuda (como el invidente que se vale de él para cruzar la calle), pero nadie interviene en su problemática: “La actitud de los urbanitas entre sí puede caracterizarse desde una perspectiva formal como de reserva [...] a consecuencia de la cual a menudo ni siquiera conocemos de vista a vecinos de años y que tan a menudo nos hace parecer a los ojos de los habitantes de las ciudades pequeñas como fríos y sin sentimientos” (Simmel, 1986b: 253).

Sin embargo, vemos a través de la historia cómo esta indiferencia que vive Ojitos en su primer día en la ciudad no se convierte en una barrera para la interacción con los otros, ni para su vinculación con gente con la que se va a relacionar para sobrevivir en el nuevo medio. Esto se debe, en palabras de Simmel, a que:

La esfera de la indiferencia no es aquí tan grande como parece superficialmente; [...] La antipatía provoca las distancias y desviaciones sin las que no podría ser llevado a cabo este tipo de vida [...]. Lo que en esta [configuración vital de la vida urbana] aparece inmediatamente como disociación es, en realidad, de este modo, sólo una de sus más elementales formas de socialización (Simmel, 1986b: 254).

Es decir, es este carácter indiferente el que nos permite asimilar un gran cúmulo de interacciones e incorporarlas inconscientemente a un ritmo de lo que surge y desaparece, sin sentirnos extraviados en medio de tantos contactos. Ello nos permite desenvolvemos en medio de un universo de desconocidos, o en otras palabras, relacionarnos con otros. Esto es lo que da origen a la sociedad propiamente dicha en las grandes urbes. Aunque quizá sea otra característica del urbanita la que obsesiona a Buñuel, la “indolencia”:

Quizá no haya ningún otro fenómeno anímico que esté reservado tan incondicionalmente a la gran ciudad como la indolencia. [...] La incapacidad surgida de este modo para reaccionar frente a nuevos estímulos con las energías adecuadas a ellos es precisamente aquella indolencia, que realmente muestra ya cada niño de la gran ciudad en comparación con los niños de medios ambientes más tranquilos y más libres de cambios (Simmel, 1986b: 251-252).

La indolencia se manifiesta de manera cruda en los abusos que comete la pandilla con los atracos a los discapacitados que mendigan: al que no tiene piernas, al que no ve. Estos no son hechos suficientes para invocar la consideración al otro. Ni siquiera se sorprenden ya de ver la mutilación y la enfermedad. Esta actitud, como muestra la película, proviene de la misma indolencia con que ellos han sido tratados, por la crudeza de vivir rodeados de la indiferencia, el abuso, la enfermedad, la pobreza y la vejez.

Finalmente, otro rasgo de la interacción en la ciudad se convierte en la ventaja del Jaibo, quien al escapar del reclusorio se esconde a la vista de todos regresando a su antiguo barrio. Aprovecha el anonimato, se pierde entre la multitud. Esta idea queda plasmada de manera representativa en la primera escena: pide una torta que planea robar en un puesto ambulante (pues no tiene con qué pagarla), y al ver que se detiene una patrulla cerca abandona la escena y se mezcla con los transeúntes.

Por otro lado, la madre de Pedro reflexiona sobre su hijo una vez que lo ha entregado a la policía, y tras hablar con él por última vez se percata de que es inocente, que no lo ha querido escuchar y que ello es consecuencia del rechazo que ha sentido hacia él durante años. Sin embargo, a pesar de creer en la inocencia de Pedro queda atrapada en la rigidez de la institución judicial que le impide liberar a su hijo. De esta forma, la ciudad es también el ámbito de la tragedia de la cultura, que Simmel describe como la independencia que cobran las creaciones humanas (en este caso la institución judicial) de sus autores, y la forma en la que éstas se imponen a los sujetos como estructuras coercitivas, objetivas e imparciales, pero al mismo tiempo inhumanas, inflexibles e irreflexivas (Simmel, 1988).

## **EL ESPACIO**

Hemos señalado que *Los olvidados* de Buñuel representa un fragmento de la vida de la metrópoli, que tiene su sede principal en los suburbios de la ciudad de México, en los “límites”, en los márgenes. Se trata de un “espacio marginal”, es decir, el escenario lo constituye el “afuera” con escasos recursos de sobrevivencia, como alumbrado, pavimento, agua potable, etcétera, en contraste con la ciudad de las luces, del tráfico y los edificios. Se trata del otro lado del “adentro”. Espacio en el que además predominan las estructuras de los rasca-

cielos en construcción, que amenazan de forma latente la edificación de un mundo excluyente. No obstante, a *los olvidados* también les es ajeno el mundo de las luces de neón. Georg Simmel estableció que justamente el adentro y el afuera son relacionales y no están dados de manera natural ni autocontenidos, sino que “todo límite es arbitrario” (Simmel, 1986a: 650). En este sentido escribió: “Los límites del espacio son límites sociales. No son las características físicas las que los definen sino las relaciones sociales”. El límite sociológico implica, para él, una acción recíproca particular. Cuando algo se limita cada uno de los elementos implicados actúa sobre el otro, en ocasiones porque “no se quiere o no se puede actuar más allá del límite”, de manera que a veces tras el límite del adentro y el afuera se entrecruza una relación desigual que impide a uno de los lados actuar más allá del límite establecido por el otro. De modo que, dice Simmel: “Los que se limitan mutuamente no son los países, no son las tierras, no es el radio de la ciudad y el campo: son los habitantes”, de manera que “el límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos” sino un “hecho sociológico con forma espacial” (Simmel, 1986a: 652).

El personaje del Ojitos no representa al campo como espacio físico sino a las formas de la relación entre campo y ciudad, de modo que éstas no están contenidas entre los “espacios” campo/ciudad, sino en las relaciones entre las personas del campo y las de la ciudad, mismas que podemos observar hasta en el cruce de las miradas, como veremos más adelante.

Del mismo modo, la relación de Pedro con el pederasta en la calle marca las relaciones de desigualdad entre el adentro y el afuera. Con ello es posible dar cuenta de cómo el desequilibrio de poder no sólo se manifiesta en acontecimientos solemnes sino hasta en las acciones más anodinas, como el roce ciudadano. La escena transcurre en la calle. Pedro observa fascinado, desde afuera del escaparate de una tienda de regalos, las figuras de porcelana que se ofrecen a la vista del transeúnte. Lo anterior no es casual. Para Simmel las exposiciones de mercancías y “la forma en que se amontonan los más heterogéneos productos paraliza los sentidos”; quien mira los escaparates se encuentra “hipnotizado” y “excitado por los sentidos” ante tal cúmulo de mercancías dispuestas al “entretenimiento”. Detrás de Pedro llega un hombre bien vestido, quien le ofrece dinero. Éste último realiza ciertas señales hasta que llega un policía e interrumpe la interacción. Ese intercambio truncado también alude a ciertas condiciones modernas. Detrás del di-



nero se esconde siempre una relación, “la acción recíproca más pura ha encontrado en el dinero la más pura representación” (Simmel, 1977: 118), señala Simmel, y agrega: “Dicho brevemente, el dinero es expresión y medio de la relación, de la interdependencia de los hombres” (Simmel, 1977: 158). Del mismo modo, el dinero nivela a las personas: los valores personales adquieren un equivalente monetario, de manera que para el autor de *Filosofía del dinero* “la vida urbana tiene tendencia a equiparar a un ser humano con una cantidad de dinero” (Simmel, 1977: 454). Paradójicamente, para él la creciente individualización hace que se “experimente un sentimiento de deshonra que provoca en el hombre moderno la compra de una persona mediante dinero” (Simmel, 1977: 457). La interacción en las calles —como ya hemos visto— está altamente regulada. Por eso el soborno adquiere una peculiaridad especial y sociológicamente relevante: un soborno por medio de un lote de terreno o unas cabezas de ganado “no se puede ocultar a los ojos del entorno” (Simmel, 1977: 480). En contraparte señala: “El carácter condensado del dinero permite, con un trozo de papel, que se desliza de la mano de alguien [...], alejarlo del conocimiento del entorno inmediato” (Simmel, 1986a: 383). De modo que el disimulo con el que se lleva a cabo la interacción entre el pederasta y Pedro no hace sino dar cuenta de cómo en la ciudad los “contactos” se encuentran altamente regulados. Así, cualquier contacto entre extraños implica cierta tensión.

## SOCIOLOGÍA DE LOS SENTIDOS

De acuerdo con Simmel, en la ciudad se gesta un predominio de la vista sobre los demás sentidos. La gran cantidad de impresiones visuales que reflejan los escenarios cambiantes a través de la urbe nos inundan. Esto hace que quien no puede escuchar pero sí ve se encuentre confundido entre tantas imágenes que el invidente no percibe, pero que puede organizar a través del oído, circunstancia que le permite la serenidad y el control casi permanente a don Carmelo, quien sólo en ocasiones extraordinarias experimenta la verdadera carencia de su sentido visual.

Por otro lado, también es interesante constatar cómo el olfato puede contribuir a ciertas formas de interacción, de aceptación o rechazo, ante la proximidad de los otros. Debido a un proceso histórico, señala Simmel, “nuestros sentidos se hacen más sensibles a esas distancias cortas. El sentido del olfato, comparado con los de la vista y el oído, actúa ya

de suyo a corta distancia” (Simmel, 1986a: 688). De esta manera actúa don Carmelo, cuando en el mercado el Pelón se coloca junto a él y le grita:

Don Carmelo: ¡“Tantito más educación! No se me acerque, es-cuíncl, que le huelen las narices a toro”.

Una expresión constante a lo largo de varias escenas de la película es la de “¿qué me ves?”, cuya trascendencia se basa en que los ojos desempeñan la función básica de enlazar a los individuos en interacción: “No podemos percibir con los ojos sin ser percibidos al mismo tiempo. La mirada propia revela al otro el alma, al tratar de descubrir el alma del otro” (Simmel, 1986a: 678).

Es la mirada de Pedro, de asombro y miedo, de desaprobación y de decepción, la que le hace saber al Jaibo, después de cometer el asesinato de Julián, que Pedro no lo admira más y que, por lo tanto, no puede confiar en su obediencia ciega y en su silencio.

La ciudad, en palabras de Simmel, provee a los individuos de la libertad de no estar constantemente bajo la mirada de la comunidad, los libera del control social de la moral estricta. Sin embargo, Ojitos, que proviene del campo, está acostumbrado a mirar a la gente a la cara, rasgo que incomoda a los urbanitas, no sólo a Pedro sino también a Meche, la autora de su sobrenombre.

Meche: “¿Quién es éste de los Ojitos?” Pedro: “Pus, pus el Ojitos”. Meche: “¿Qué me ves?” Ojitos: “¿Yo? Nada”. Meche (lo arremeda): “¿Yo? Nada”.

Dada la importancia de mantener las relaciones con el mayor grado de impersonalidad, lo propio de la metrópoli es evitar mirar a los otros a la cara. Es una forma de no entrometerse en los asuntos de los demás y, al mismo tiempo, evitarlo en los propios. Escondemos así nuestros sentimientos y opiniones, nuestros temores y deseos y, en general, todo aquello de lo que pudiéramos avergonzarnos o que mostrase nuestra vulnerabilidad (Simmel, 1986a: 678).

Finalmente, la madre de Pedro se dirige a él sin verlo para manifestarle su enojo o su indiferencia, con la mirada fija en otra parte y con una voz firme. Sólo cuando desea enfatizar el regaño lo mira de frente (obligándolo a bajar la vista con la fuerza que cobra su mirada directa). Esta forma de hablar sin mirar es un medio para expresar descalificación, rechazo y una dureza implacable, por lo que podemos afirmar también que evitar la mirada directa del otro no es sólo un gesto defensivo, puesto que de acuerdo con el contexto puede ser también un gesto ofensivo muy eficaz.

### FORMAS DE INTERACCIÓN SOCIAL: EL SECRETO

En *Los olvidados*, podemos ver una forma particular de socialización: la del secreto. El Jaibo mata a Julián en presencia de Pedro. Para los ojos del Jaibo, Julián era un traidor, pues a su juicio fue él quien lo delató para que lo enviaran a la correccional, de la que recientemente había salido. No obstante, poco antes de matarlo, el propio Julián espetó al Jaibo:

Julián: “Si hubiera sido yo te lo diría [...]. No creas que te tengo miedo [...]. Yo no denuncio a *naiden*”.

Este hecho trágico marca la trama del resto de la obra, mezclando secreto y traición. Podemos decir que los destinos del Jaibo y Pedro se entrelazan de manera cruenta a partir de un secreto, que consiste en no revelar el asesinato de Julián, cometido por el Jaibo en presencia de Pedro.

El Jaibo: “Ora estamos más unidos que nunca, así que [...] ya sabes”, dice en tono amenazante a Pedro.

Del mismo modo, cuando el Jaibo visita a Pedro en la escuela-granja le dice: “Está medio raro eso de que te tengan tantas confianzas [...] ¿Qué no habrás soltado la lengua?”

Pedro: “¡No soy un soplón!”

La alusión a la traición aparece de nuevo en el momento en que se enfrentan en la calle y Pedro le grita al Jaibo: “Yo no me dejo matar como el Julián, a traición”.

En toda relación “los hombres saben algo unos de otros”, y de la misma manera no siempre sabemos todo respecto de los demás, en ciertas ocasiones porque no resulta práctico y en otras porque se guardan secretos. Para Georg Simmel el secreto es una acción recíprocamente orientada, en lo que se trata de esconder algo. Si hablamos de ocultar no nos referimos sólo a un individuo, sino al menos a una relación en la que se oculta algo a alguien. A partir de un secreto pueden orquestarse un sinnúmero de relaciones, desde las interacciones con la pareja y los amigos hasta las relaciones de secreto que conjuntan a las bandas criminales y a los cuerpos de espionaje del Estado. También es una forma particular en la que se trata del “disimulo de ciertas realidades, conseguido por medios negativos o positivos” (Simmel, 1986a: 378). Así, el secreto convive siempre con su opuesto lógico: la posibilidad de la traición. Esta tensión se resuelve en el momento de la revelación. No obstante, entre el secreto y la revelación se teje una complicada forma de ser con los otros. El secreto y la posibilidad de traicionarlo hace que el poder sea un ingrediente decisivo. Al respecto

afirma este impresionista de la sociología: “[...] al secreto va unido el sentimiento de que podemos traicionarlo, con lo cual tenemos en nuestras manos el poder de producir mudanzas y sorpresas, alegrías y destrucciones, aunque acaso sea tan sólo nuestra propia destrucción” (Simmel, 1986a: 381).

Así, podemos ver cómo en una interacción el secreto compartido por dos puede buscar medios para mantener la discreción: “Figuran entre ellos el juramento y la amenaza del castigo” (tal como la advertencia del Jaibo hacia Pedro: “Ora estamos más unidos que nunca, así que [...] ya sabes”). De ahí que las acciones del Jaibo y Pedro se encuentren en adelante “recíprocamente condicionadas”, trágicamente entrelazadas, pues de acuerdo con Simmel: “Cuando un grupo como tal toma el secreto como su forma de existencia, el sentido sociológico del secreto se convierte en interno y determina las relaciones de los que lo poseen en común” (Simmel, 1986a: 364).

Con lo anterior podemos comprender que el asedio que sufre Pedro por parte del Jaibo se relaciona con que pueda develar el secreto, de tal manera que la relación no es unilateral sino recíprocamente condicionada. Pedro tiene la posibilidad de delatarlo, aunque limitada, pues su equilibrio de poder es desigual frente al Jaibo, pero *puede hacerlo*, no obstante que ello lo lleve a su propia destrucción.

## TIPOS SOCIALES: EL POBRE

La pobreza es la condición de *los olvidados*, misma que determina, en gran medida, las relaciones entre los mismos y las que tienen hacia ellos. Georg Simmel advirtió que en la modernidad lo más terrible de la pobreza “es que hay hombres cuya posición social es el hecho de ser pobres, pobres nada más” (Simmel, 2002a: 245), tal como esos niños olvidados por el mundo. Para Simmel, figuraciones sociales como el pobre, el extranjero, el enemigo “están excluidas en cierto modo de la sociedad, para la cual, sin embargo, es importante su existencia” (Simmel, 1986a: 84); es decir, están afuera y adentro al mismo tiempo, pues nada está afuera de la sociedad, y como ya hemos visto el afuera y el adentro son relacionales. Se acerca al pobre desde un particular punto de vista. Le interesa el que recibe asistencia: “Sociológicamente, el pobre es el individuo que recibe socorro a causa de esa falta de recursos” (Simmel, 2002a: 246).

Para Simmel, la asistencia del pobre en la sociedad moderna está altamente especializada. Incluso ya no se trata sólo de dar limosna o socorrerlo de vez en cuando, sino que se ha convertido en ley y se ha institucionalizado, como la escuela-granja a la que Pedro ingresa. La asistencia a los pobres como institución pública, sostiene Simmel, actúa de manera particularizada; se dirige al “individuo y su situación” particular; de la misma manera en que podemos ver cómo el director de la granja a la que ingresa Pedro señala a su asistente:

Director: “Cada muchacho representa un problema diferente”.

No obstante, estas instituciones, señala Simmel, no tienen como “fin último” ayudar a los pobres a salir de su pobreza, sino evitar que se conviertan en “enemigos” de la sociedad; no erradican la pobreza sino la amenaza del pobre. En este contexto no es casual que el director de la granja comente: “Pensaba que si en lugar de a éstos [...] pudiéramos encerrar para siempre a la miseria”.

Lo anterior es así porque lo que se está encerrando no es a la pobreza, sino a lo que se considera como una amenaza para el orden existente. De esta forma, podemos apreciar cómo el pobre es “una clase de ‘enemigo interno’” (Simmel, 1986a: 717). En el diagnóstico de Simmel: “[...] lo que la asistencia se propone es justamente mitigar ciertas manifestaciones extremas de la diferencia social, de modo que aquella estructura pueda seguir descansando sobre esta diferencia” (Simmel, 2002a: 223).

Por tanto, la asistencia es una manera de mantener la distancia entre el afuera y el adentro, en la medida necesaria para que el afuera no amenace al adentro. Con ello se mantiene dentro y controlado el afuera; nuevamente, el afuera y el adentro son relacionales. En principio, argumenta Simmel, quien recibe limosna o asistencia también da algo; la donación en este caso es un proceso recíproco. ¿Qué es lo que otorga el que recibe la limosna? La garantía de no robar. No es casual que hoy en día llegamos a escuchar: “He venido a pedirle lo que sea su voluntad, no a robarle”.

## BIBLIOGRAFÍA

Gaytán Sánchez, Amalia Patricia

- 2002 “Émile Durkheim y Georg Simmel: un encuentro no planeado”, en *Sociológica*, núm. 50, “Durkheim: viejos problemas, nuevas lecturas”, septiembre-diciembre, México D. F.,

Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, pp. 171-177.

Mannheim, Karl

1963 “Sociología alemana (1918-1933)”, en Émile Durkheim, *Ensayos sobre sociología y psicología*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., pp. 230-250.

Ringer, Fritz, K.

1995 *El ocaso de los mandarines alemanes. La comunidad académica alemana, 1890-1933*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona.

Sabido, Olga, coordinadora

2007 *Georg Simmel. Una revisión contemporánea*, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, Barcelona.

Sabido, Olga

2003 “En torno a Georg Simmel”, *Nueva Época*, núm. 37, enero-abril.

Simmel Georg

2002a *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

2002b *Cuestiones fundamentales de sociología*, Gedisa, Barcelona.

2002c Nota suplementaria a “El problema de la sociología”, traducción de Patricia Gaytán, *Sociológica*, núm. 50, “Durkheim: viejos problemas, nuevas lecturas”, septiembre-diciembre, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F., pp. 201-203.

1988 “El concepto y la tragedia de la cultura”, en Georg Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Península, Barcelona.

1986a *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Alianza, Madrid, dos volúmenes.

1986b “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en George Simmel, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona.

1986c “Sobre la comida”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona.

1977 *Filosofía del dinero*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

## CINEMATOGRAFÍA

Buñuel, Luis

1950 *Los olvidados*, México.